

utilización de su ideología, las palabras de José Antonio coinciden, en ocasiones incluso a nivel sintagmático, con las que se sugieren en la conversación de Mercán con Quintanar, otro personaje de la conspiración.

La obra es una denuncia del condicionamiento que desde la sombra el gran capital ejerce sobre la política y el destino de los pueblos. Los líderes se exponen públicamente y ante la gente común simulan dirigir los acontecimientos, así como las ideas parecen inspirar los sistemas, mientras unos y otros son sólo tapaderas de intereses que, en el binomio Mercán-Kruger, se presentan ya como internacionales. Es más, Miralles subraya la natural y casi inevitable tendencia de este sistema no sólo a utilizar la legalidad, sino a desbordarla en cuanto le conviene, criminalizándose. No hay regla moral o ética que prevalega sobre la lógica implacable del «legí-

timo» beneficio que se plasma en el lema de máxima ganancia en el mínimo tiempo con el mínimo riesgo. Es una patología del poder que no conoce mejor signo externo que el dominio económico hasta confundirse con él y es el motor de la gran criminalidad organizada.

El último dragón del Mediterráneo está precedido por un largo y exhaustivo prólogo de José Monleón que también resume la trayectoria dramática de Miralles y subraya la importancia de esta obra. En efecto, ha obtenido, además del *Premio Nacional Ciudad de Alcorcón* de Madrid, el *Serantes* de Bilbao y el *Eduard Escalante* de Valencia. No deja de ser curioso que en tres autonomías distintas se hayan interesado por el tema, lo cual demuestra el alcance del drama y su conexión con diferentes sensibilidades. Esperemos ver pronto estas obras en escenarios adecuados a su categoría. ■

Lunas y Dalila y los virtuosos

De Santiago Martín Bermúdez

Pilar de la Puente

Lunas y Dalila y los virtuosos

De Santiago Martín Bermúdez

Introducción Diana de Paco Serrano

Edición de La Avispa Madrid, 2001

Bajo el epígrafe «Dos historias femeninas», la Colección La Avispa publica dos piezas de Santiago Martín Bermúdez (Madrid, 1947): *Lunas y Dalila y los virtuosos*, cuyo nexos común es el hecho diferenciador de la perspectiva femenina desde la cual el dramaturgo (*Premio Lope de Vega*, 1995) profundiza en los más acuciantes conflictos personales, y también, sociales, en los que todo ser humano se halla atrapado. Para hacernos reflexionar sobre tan humanas incertidumbres, las dos obras combinan dramatismo y humor en tan justa medida que consiguen captar de forma espontánea, desde las primeras escenas, el interés del lector-espectador.

Lunas, versión actual de *Mujeres enojadas con la luna*, estrenada en 1999 en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, fue objeto, al año siguiente, de una lectura dramatizada en el V Ciclo SGAE, razones por las que, ahora, se agradece la lectura de los textos. Ambos hacen alusión a la influencia de la luna, a las dos caras de la luna, a la verdad y a la mentira, a la ocultación y a la sinceridad; sobre todo porque sus dos protagonistas son mujeres luna y «las mujeres siempre hacen daño a las mujeres y benefician a los hombres, sin darse cuenta» (escena XII) como les sucede a ellas, Dafne y Violeta, la una en evidente alusión a la ninfa convertida en laurel



para quedarse a salvo del acoso de Apolo y, la otra, para disfrazar su realidad bajo su manto violáceo. En esta impostura a la que se ven abocadas por su propia indefensión, estas dos mujeres sólo aparentemente antagonista van descubriendo en el recuerdo del mismo hombre, la cara oculta y ficticia de sus vidas. Queda al descubierto el entramado patriarcal que ha encorsetado y asfixiado de igual manera a Violeta y a Dafne, hija y joven amante, respectivamente, del hombre que determinó y marcó sus vidas.

Las dos caras de la luna, Dafne y Violeta, enfrentadas y distintas, logran la perfecta compenetración y fusión sólo cuando han sido capaces, mediante la catarsis de la sinceridad, desterrar la ficción de sus vidas. Desde ese momento, cuando las mujeres luna —opuestas, duales— se unan podrán enfrentarse a la estructura de poder que las subyuga.

Esta misma oposición de contrario femeninos, en este caso una madre y una hija, constituye el núcleo rival de *Dalila y los virtuosos* que se dio a conocer como lectura dramatizada dentro del Ciclo de la **Asociación de Autores de Teatro**, en 1999, en el Teatro Real de Madrid.

Estos dos personajes femeninos, cantantes de ópera siempre al fondo del texto la ópera Sansón y Dalila de Saint Sæens de la que toma prestado el nombre femenino que figura en el título, hace alusión a la mujer seductora, quien haciendo uso de sus encantos, debilita la voluntad de los hombres. El nuevo Sansón —Óscar Bobesco—, pianista que acompañó y amó a la antigua diva —Elena, madre— se ve seducido por la nueva Dalila —Carolina, hija—, situación conflictiva que agrava y socava aún más la realidad profesional de las dos cantantes líricas dentro del entramado de verdades y mentira, intrigas y pasiones que las arrastrará, inevitablemente, hacia la destrucción moral y física de ellas mismas.

El antagonismo y la rivalidad entre esta madre y esta hija parecen proceder de una fuerza superior incontrolada y destructiva ante la que los humanos se encuentran inexorablemente atrapados: madre e hija sucumben bajo las garras de un inasible destino tejido de relaciones incestuosas que aniquila y sesga irremediabilmente sus vidas.

En estas dos piezas —*Lunas y Dalila y los virtuosos*, como ya sucediera en *No faltéis esta noche* (1995)— Santiago Martín Bermúdez ha dado voz autónoma a la mujer, ha tenido en cuenta su peculiar modo de sentir y se ha situado desde la perspectiva femenina, interesado, sin duda, en esta diferente percepción del conocimiento de la realidad humana; sabiduría que le fue posible alcanzar a Tiresias que «fue mujer durante largos años y eso le hizo sabedor de dos maneras incomunicables de percibir al mundo» (S.M.B.: *Tiresias, aunque ciego*, 2000, acto I).

Tanto Dafne y Violeta (*Lunas*) como Elena y Carolina (*Dalila y los virtuosos*) representan el enfrentamiento y la rivalidad entre las mujeres como víctimas seductoras; ellas mismas y no las estructuras patriarcales —parece insinuar el autor— constituyen el principal obstáculo para el pleno entendimiento entre hombres y mujeres. Aún más interesante que esta reflexión digna de tener en cuenta, llama la atención, en estas dos obras que comentamos el acierto en la configuración de los perfiles psicológicos de estas mujeres antagonistas, quienes en su afán de triunfo por aniquilar a su rival se destruyen a sí mismas.

Nos encontramos ante dos piezas teatrales en las que se plantean de forma conflictiva y dramática, pero con variados sesgos humorísticos importantes problemas de la mujer teóricamente emancipada que lucha junto y contra su propio género ante una sociedad de valores cambiantes. Nada mejor para transmitirnos la subversión de éstos que la agilidad de las escenas y los cuadros de un decorado único indefinido; que las secuencias numerosas, breves, rápidas en las transiciones; que las escenas paralelas y simultáneas en las que el tiempo y el espacio, acordes con la imprecisa escenografía, dan cabida a unos diálogos vivos, ágiles e ingeniosos en todas y cada una de las situaciones.

La edición de *Lunas y Dalila y los virtuosos* de la Colección La Avispa se presenta con una introducción del propio autor en torno a los personajes y a las situaciones de las dos obras y viene acompañada por un prólogo de Diana de Paco Serrano. ■